



## IMAGENES DE NAVIDAD

por M. J. RODRIGUEZ CARNERO

Día 21.—La voccita sube tierna y cristalina, un poco vacilante, como responde al pequeño personaje de cinco años de edad que la emite:

—Mamá, ¿por qué ensucian el escaparate?

En el escaparate hay una serie de juguetes colocados estratégicamente sobre un fondo de papel agrisado, espolvoreado aquí y allá por una nieve convencional de ácido bórico. El niño debe de ser palmesano y no puede relacionar estas manchas blanquecinas con las puras, masivas, inigualables de la nieve auténtica.

—No es sucio, mi amor —le dice la madre— eso figura nieve. Un día de estos diremos a papá que nos lleve a Deyá para que la veas...

La madre y el niño componen una estampa deliciosa. Si nuestro Goya hubiera visto algo así quizá habría rasguñado uno de sus geniales apuntes y tal vez hubiera escrito debajo: Buena Mujer parece!

El día está iluminado por un sol claro y frío de Diciembre. La calle cumple su misión de espectáculo fabuloso. Se viene a la memoria la consabida metáfora del caleidoscopio: —siempre cambiante, nunca igual... Como las imágenes que ésta presenta a los ojos, con escenas variadas e irrepetibles.

—La opulenta turista, altísima, de proporciones heroicas, cubierta con un gabán de ocelote flexible como seda, avanza regia, luciendo una figura esbelta, a pesar de la cabellera gris. En el rostro, perfecto y anguloso, se ha retirado la marea de la juventud y ha quedado una expresión distante y helada, como una extensa playa en la que no se divisara ni una planta, ni un árbol, ni una gaviota rayando el cielo blanco y lejano.

—Los quinceañeros-as, vestidos a lo hippie (entre otras cosas porque resulta más barato y accesible), sin más defensa ante el mundo que su talante y los palmitos juveniles e irreprochables.

—Bajo los soportales, en el cruce, se destaca una pareja de nórdicos, que quedan de pronto inmersos en la luz solar. El lleva sobre los hombros al vástago, que levanta entusiasmado los brazos en el aire matinal. Un poco detrás va la madre, y la luz platea por igual en las pelambres del niño y la mujer, casi blancas de tan rubias. El rostro tostado del varón queda envuelto en los reflejos cálidos de la melena y la barba. El grupo aparece sereno y feliz, bellos los tres, como dioses en la mañana.

—De una tienda, al ralenti, sale una muchacha jovencísima, que da el brazo con precaución, como si fuera algo infinitamente frágil y precioso, a una viejecita. Esta, la cabeza blanca, el pelo recogido en un moño minúsculo, mira ansiosamente a un lado y a otro, igual que si quisiera grabar en su mente la animación navideña...

\*

La calle, en estos tiempos de desvalorización de tantas cosas, creo que es una creación occidental que no está mal del todo. Tiene su dinámica y su estética propias. Otros países entienden la belleza de otro modo. Por ejemplo, Marruecos, cuyas características me ha sido dado vivir y observar. Allí la vida está volcada en los interiores, suntuosos y policromos de sedas y alicatados. Fuera, las mujeres cubiertas con chilabas y haïques se mimetizan con los muros blancos o grisáceos, pensada la calle como lugar evitable y sembrado el pavimento de guijarros puntiagudos para que no patinen las caballerías que transportan mercancías y enseres.

En occidente no; la calle es como un pulso, como un latido que denota la vida.

Abierta como una rosa al mediodía, cuando el sol todo lo baña haciendo las cosas claras y transparentes. Los "Djennun", genios malévolos de la mitología árabe que habitan en los lugares húmedos y oscuros, se esconden esperando la hora de su revancha: la alta noche en que la calle sueña sus pesadillas de querellas y de atracos, navajas y reyertas.

Ahora los escaparates de las tiendas lucen sus colores, los policías vigilan discretamente —parece que no fueran necesarios, y que su misión se redujera a indicar a los turistas unas señas, mientras se llevan la mano a la visera en un saludo—.

Día 24.—Estamos instalados en un apartamento de la costa de Alicante.

El sol es tibio, hay un horizonte de palmeras y los chalets se adornan con bugamvillas —rojas, asalmonadas, moradas "de color de forro de sobre antiguo".

Los amplificadores en todas partes —el supermercado, el autobús, el bar...— distribuyen como un dulce turrón acústico los villancicos:

"Que haces niño ante mi puerta  
todo vestido de blanco..."

Es Navidad.